



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

LA DANZA

Acabo de ver bailar a Tamara Rojo, vestida de rojo, convertida en mariposa, en llama, en pájaro fantástico, y he recuperado mis viejos entusiasmos. La gran experiencia estética que iluminó mi adolescencia fue la danza, que es la música apoderándose del cuerpo y no sólo del oído. Me emocionaba la capacidad de los bailarines para convertirse en ritmo y melodía. No tenía muchas ocasiones de ver ballets y mi principal fuente de admiración fue el cine. Me gustaban todas las películas musicales, desde Fred Astaire hasta

Gene Kelly, de *Las zapatillas rojas* a las películas de Bob Fosse. Al terminar el bachillerato lo tenía decidido. Sería bailarín o coreógrafo, pero no sabía cómo conseguirlo, porque en España no había escuela de danza. Mientras lo descubría, pensé que sería bueno refinar me un poco estudiando arte. Para estudiar Historia del Arte había que estudiar dos cursos comunes con Filosofía, y esos dos años cambiaron mi concepción de la danza. Descubrí que lo que me entusiasmaba en el baile era la capacidad que tienen los bailarines de transformar el esfuerzo en gracia. Esto me pareció entonces, y me parece ahora, la suprema sabiduría. Cuando vemos a los bailarines hacer barra, sólo vemos la dureza del trabajo. Sudan, les duelen los pies, están llenos de magulladuras, no hay nada amable ni bello en su esfuerzo. Y sin embargo, gracias a él son capaces de alcanzar después la ingravidez, de fusionarse con la música, de alcanzar la ligereza suprema, la *souplesse*,

la gracia, que no es otra cosa que la belleza en movimiento. En aquel momento descubrí que esa experiencia, que yo veía tan clara en la danza, deberíamos incorporarla en todos los registros de la vida. Transfigurar el esfuerzo en gracia. Estudiar es duro, pero saber es bello. Aprender lógica es pesado, pero pensar con soltura es maravilloso. Para disfrutar de una relación amorosa hay que cuidarla, y eso reclama un esfuerzo. No hay creación sin esfuerzo, pero lo importante es que el esfuerzo no se note. Esa es la lección de baile.

Hay un momento sorprendente en la historia de la teología medieval. Santo Tomás de Aquino, un fraile gordo y sedentario, medita sobre las

**DESCUBRÍ
QUE ME
ENTUSIASMÓ
LA
CAPACIDAD
QUE
TIENE EL
BAILARÍN DE
CONVERTIR
EL ESFUERZO
EN GRACIA**

calidades del cuerpo resucitado, del cuerpo glorioso. Y piensa –o sueña– que su propiedad esencial es la agilidad. ¡Qué fantástica intuición! La agilidad no es otra cosa que la docilidad del cuerpo a los mandatos de la idea. Es espíritu, es la materia que se supera a sí misma. Y eso me devuelve al bailarín que dejé deslomándose en la barra. No es

posible alcanzar la agilidad, ese aumento de las posibilidades corporales, sin entrenamiento, que se convierte así en el gran camino del espíritu. Los antiguos lo llamaban *ascesis*, y los moralistas medievales, también. Tamara Rojo y su llama encarnada me han rejuvenecido. Compruebo que, al cabo de los años, sigo pensando lo mismo que aquel adolescente que se emocionaba cantando bajo la lluvia. Todavía pienso que la sabiduría consiste en entrenarse para alcanzar la agilidad y, cuando suene la música adecuada, poder fundirse con ella. Y entonces, como dice el poema de Yeats: “¡Oh, cuerpo curvado por la música, / oh, mirada iluminada! / ¿Cómo podríamos distinguir /el danzante de la danza?”. Eso es la felicidad. ■



Raúl